

Sangre de casta indígena

Sentada sobre una roca, a la sombra azulada de un jagaranda Um-ra, la doncella indica, desnuda como una flor, ostentando sobre su cabeza una diadema de oro determinada en una guaría Turrialba, ve pasar los mensajeros.

Um-ra es tan bella, a su paso florecen las orquídeas, los azahares le prestan su aroma y vuelan los colibríes formando palio para resguardarla del sol. Los pericos y guacamayas al verla lanzan chillidos de admiración. Una bandada de pichas carmelitas la resguardan.

Ella es hija del cacique boruca Kujk-Kus-Kura, el León que no duerme, que siempre engendró fuertes y valerosos guerreros. Um-ra, siempre ha sido muy delicada, han tenido que cuidarla mucho, por lo que vive casi encerrada y apartada del resto de la población indígena.

Pero aún así, a este apartado vergel en el que vive recluida, donde le dan su sombra los árboles de nispero, zapote, jocote y caimito, han llegado las noticias... Los disparos de arcabuz, esos palos tronadores que dan la muerte, las primeras cruces, los hombres blancos vestidos y las bestias con mechones de crin.

Desde hace varias lunas la doncella está inquieta. Una extraña ansiedad o desasosiego la atormenta, es como un presentimiento... Dejando a un lado el telar, en el que teje un manto del ceremonial sale en busca del aire fresco.

La doncella sabe retorcer los copos casi redondos del algodón, las plumas de las aves y el vellón de los animales, para emplearlos en los tejidos que luego cubrirían a los sacerdotes. Conoce que esos tejidos deben tener al final una puntada equivocada, para que su perfección no enoje al dios del telar.

Pero, es impotente para quebrantar el retiro en que la envuelve su padre. Esa extraña paz y quietud.

Son vãos sus lamentos, para que le den más libertad. Um-ra se prosterna ante el altar de sus dioses, quema el pom y eleva sus rezos.

Varios soles después, Um-

ra deseosa de bañarse en la laguna, hace que la vieja india que la cuida, la acompañe. Es una mañana fresca y verde, llena de aromas. El sol comenzaba a remontar las cumbres del cielo. En los cerros, la brisa y las mariposas coqueteaban. Los yigüirros, coqueababan. Los yigüirros, cardenales, jilgueros, orquestan el saludo a la madre tierra.

La india joven llega a las aguas transparentes y, oh sorpresa, en ellas se bañaba un extraño. Su piel era blanca como los azahares del limonero, sus cabellos dorados y sus ojos color del cielo, como una mañana transparente allá arriba en el cerro. Ella nunca había visto nada igual. Nunca.

Por supiel, en su corazón, en su cuerpo todo, sintió la joven un estremecimiento. No podía apartar los ojos de él.

De pronto, aquel hombre blanco, levantó sus ojos mirándola. Sus miradas se encontraron, quedando prendidas.

La india tembló y huyó.

La joven preguntó quien era: —Sí, ese extraño, hombre blanco dorado, con ojos color del cielo—. Es el conquistador —le dijeron—.

El recuerdo del extraño burbujea en su mente indígena, exaltada por el encierro en que siempre la tenían. Sí. Ella es como un ave que no canta en su jaula, y, al pájaro que no canta en su encierro, hay que darle libertad.

Durante largo tiempo, la doncella escucha, interroga y profundiza el sentido de las cosas. Sintiendo pesar sobre ella, todo el pasado de su raza.

Más tarde vió pasar una paloma, perseguida por un gavilán, y su corazón tembló. Era el augurio.

Varias lunas después el cacique Kujk-Kus-Jura, junto con los sacerdotes y su pueblo, tienen que huir. Los blancos se acercan. Es la derrota. El final de la raza boruca. Los indios lamentan la destrucción de sus templos, de sus huestes, el robo de los tesoros y mujeres. Es la destrucción total de sus dioses, reinas, ciudades y maizales.

Um-ra la india, aún cuando sabe quien es el extraño

hombre blanco y la amenaza que pesa sobre los suyos, sólo piensa en él y en sus deseos de volverlo a ver. ¡Qué tonta fué al huir!

Los cerros, los volcanes, los ríos, la vegetación, los árboles todos, los pájaros, hasta las piedras del reino, ese día lo presintieron.

...El sol avanza en su ruta. En las profundidades de la montaña los árboles tejieron sus bejucos para cerrar los caminos. Los ríos en sus cauces crecieron, queriendo impedir el paso del hombre blanco. Los yigüirros en bandadas, trataban de cegar al extraño. Las orquídeas se colgaban de sus tallos, al alcance del hombre tratando de cautivarlo. Los venados se le acercaron para distraerlo de su empeño. Las aves del bosque revolotearon a sus pies, esponjándose y trinando sobre el césped, para que el extraño olvidara a Um-ra la doncella india. Los jaguares y tepezcutientes, tapires y dantas lo acosaron. El mismo aire se hizo como una muralla gruesa tratando de impedirle el paso. La tierra tembló. Los rugidos de rabia del milenario Turrialba señor de los volcanes, paralizaron a la tierra toda. Pero el sentimiento del conquistador hacia la doncella, era cada vez más intenso.

Tenía que acontecer y así acontecería.

Estaba escrito.

Es el instante suave, misterioso, en que el valle esplendente se aletarga a la espera del crepúsculo. Una última garza quiebra el espejo de la laguna.

Um-ra, enervada por el calor, descansa a la orilla del agua cuando ve acercarse al extraño.

El bello y delicado rostro de la doncella palideció al contemplarlo: su cabello se oscureció aún más, cual noche sin luna. Sólo sus labios se entreabrieron temblorosos y sus manos se extendieron a la vista del conquistador, para recibirlo. Ella era la forjadora de su propio destino, y que la voluntad de los dioses se cumpliera.

¿Muerte o vida?

Sin proferir una palabra, el extraño la tomó en sus brazos.

Mucho rato después el hombre blanco huyó espantado dejando a la joven silenciosa desangrándose. El amor cortó inflexible los hilos de la vida joven. La sangre tiñó su ropa. La sangre de casta indígena descendió por los oscuros trillos, se mezcló e impregnó la tierra y tiñó las aguas. —eternizó los núcleos de su energía— que hasta la fecha son de ese color bermellón.

Y en aquel tiempo fuera del tiempo los dioses lo quisieron y bajo el soplo del misterio, se inició aquello.

Fue el prodigio. El agua del río de las generaciones se cambió en un líquido escarlata, brillante, que arde siempre como un haz de llamas.

Desde ese día, el río allá en la Barra, se llamó Río Colorado para los blancos y Um-ra, para los indios borucas, que ven sus aguas seguir su curso, por siempre al infinito.